

CUADERNOS DE HISTORIA LATINOAMERICANA Nº 9

Editor General de AHILA;

Antonio Gutiérrez Escudero

Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos

VISITANDO LA ISLA TEMAS DE HISTORIA DE CUBA

Josef Opatrný y Consuelo Naranjo Orovio
(Coordinadores)



AHILA - IBEROAMERICANA - VERVUERT 2002

Die Deutsche Bibliothek - CIP-Cataloguing-in-Publication-Data
A catalogue record for this publication is available from Die Deutsche Bibliothek.

Trabajo realizado dentro del Proyecto de Investigación
BHA2000-1334 (MCyT, España)

Reservados todos los derechos

© AHILA, Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos
www.ahila.nl

© Iberoamericana, 2002
Amor de Dios, 1 – E-28014 Madrid
Tel.: +34 91 429 35 22
Fax: +34 91 429 53 97
iberoamericana@iberoamericanalibros.com
www.iberoamericanalibros.com

© Vervuert, 2002
Wielandstr. 40 – D-60318 Frankfurt am Main
Tel.: +49 69 597 46 17
Fax: +49 69 597 87 43
info@iberoamericanalibros.com
www.vervuert.com

ISBN 84-8489-045-7 (Iberoamericana)
ISBN 3-89354-610-3 (Vervuert)

Depósito Legal: M. 2.042-2002

Cubierta: Diseño y Comunicación Visual, S. L.

Impreso en España por Imprenta Fareso, S. A.
Este libro está impreso íntegramente en papel ecológico sin cloro.

ÍNDICE

Estudios cubanos a fines del milenio	9
<i>Consuelo Naranjo Orovio y Josef Opatrný</i>	
Los partidos políticos cubanos de la época colonial en la historiografía reciente	27
<i>Inés Roldán de Montaud</i>	
Relaciones coloniales, intercambios económicos y grupos de poder	77
<i>José Antonio Piqueras Arenas</i>	
Los márgenes de la especialización. La economía cubana, 1790-1880, crecimiento agregado y diversificación	103
<i>Antonio Santamaría García</i>	
El bandolerismo en Cuba. Acerca del estado de la cuestión	133
<i>Manuel de Paz-Sánchez</i>	
La frontera y la plantación: reflexiones sobre dos claves para empezar a entender las culturas cubana y caribeña	149
<i>Luis Martínez-Fernández</i>	
<i>Lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae – Dieciséis vidas y la Historia de Cuba</i>	161
<i>Michael Zeuske</i>	

LOS MÁRGENES DE LA ESPECIALIZACIÓN LA ECONOMÍA CUBANA, 1790-1880 CRECIMIENTO AGREGADO Y DIVERSIFICACIÓN*

Antonio Santamaría García
Instituto de Historia, CSIC

A Manuel Moreno Fraginals,
in memoriam

INTRODUCCIÓN

La historia económica de Cuba es la historia de una especialización relativamente exitosa en la producción de azúcar fundamentalmente y de su preservación frente a distintas circunstancias durante dos siglos aproximadamente, desde finales del siglo XVIII hasta las últimas décadas del XX. Aunque hay todavía algunos aspectos y períodos que no conocemos suficientemente bien, contamos con un número elevado de investigaciones, muchas de ellas de excelente calidad acerca del surgimiento y desarrollo de la fabricación y comercialización del dulce en la isla y de ciertos sectores vinculados con la misma —mercantil, ferroviario y financiero fundamentalmente—, así como con la agricultura y manufactura tabacalera, que a lo largo del ochocientos

* Trabajo financiado por una Beca Postdoctoral de la Comunidad de Madrid e integrado dentro del proyecto BHA 2000-1334 del Ministerio de Ciencia y Tecnología.

se consolidó como la segunda actividad más importante dentro de las exportaciones cubanas¹.

Lamentablemente la historiografía sobre la economía cubana se ha especializado aún más que su objeto de estudio y hasta hace relativamente poco tiempo apenas disponíamos de estudios acerca de las actividades menos vinculadas con el sector externo, incluso de algunas otras que fueron importantes en un momento dado, aunque menos que la industria azucarera, y que, en general, fueron perdiendo dicha importancia, incluso hasta desaparecer con el tiempo. Son los casos, por ejemplo, de la ganadería, la minería del cobre, la silvicultura, la agricultura platanera, la apicultura o la producción manufacturera.

¹ Enumerar los principales trabajos acerca de estos temas sería muy largo e inservible para el lector, como referencias básicas por su carácter clásico o su publicación reciente ver, sobre el azúcar, R. T. Ely, *Cuando reinaba su majestad el azúcar*, Buenos Aires, Sudamericana, 1963; R. Guerra, *Azúcar y población en las Antillas*, La Habana, Ciencias Sociales, 1970; M. Moreno Fragnals, *El ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar* (3 vols.), La Habana, Ciencias Sociales, 1978; J. Pérez de La Riva, *El barracón, esclavitud y capitalismo en Cuba*, Barcelona, Grijalbo, 1987; F. Iglesias, *Del ingenio al central*, San Juan, Univ. de Puerto Rico, 1998; A. D. Dye, *Cuban Sugar in the Age of Mass Production: Technology and the Economics of Cuban Sugar Central*, Nueva York, Stanford Univ. Press, 1998, o nuestra modesta contribución, A. Santamaría, *Sin azúcar no hay país. La industria azucarera y la economía cubana, 1919-1939*, Sevilla, CSIC, Univ. de Sevilla y Diput. Provincial (en prensa); en lo que se refiere al comercio, R. T. Ely, *Comerciantes cubanos del siglo XIX*, La Habana, Martí, 1960; O. Zanetti, «El comercio exterior de la República Neocolonial», en *La República Neocolonial. Anuario de Estudios Cubanos*, Vol. I, La Habana, Ciencias Sociales, 1975; *Los cautos de la reciprocidad*, La Habana, ENPES, 1989, y *Comercio y poder. Relaciones cubano-hispano-norteamericanas en torno al 98*, La Habana, Casa de Las Américas, 1998, o A. García Álvarez, *La gran burguesía comercial en Cuba, 1899-1920*, La Habana, Ciencias Sociales, 1990; respecto al sistema financiero, S. Fernández, *Banking, Credit and Colonial Finances in Cuba, 1878-1895*, tesis doctoral, Ann Arbor, UMI, 1987; E. Collazo, «Crédito y proyectos bancarios en Cuba durante el siglo XIX», *Boletín del Archivo Nacional*, 3, 1989, pp. 37-102, y «Las formas de crédito bancario. Tránsito y ruptura en la Cuba de entresiglos», en C. Naranjo et al., (eds.), *La nación soñada. Cuba, Puerto Rico y Filipinas en torno al 98*, Aranjuez, Doce Calles, 1996, pp. 283-93; A. M. Calavera, «El sistema de crédito español y su reflejo en los comerciantes banqueros», en C. Naranjo y T. Mallo, (eds.), *Cuba. La Perla de las Antillas*, Aranjuez, Doce Calles, 1994; I. Roldán, «El Banco Español de La Habana (1856-1881)», *Revista de Historia Económica*, 2 (1995), pp. 281-310; J. R. García López, «Los comerciantes banqueros en el sistema bancario cubano, 1880-1910», en C. Naranjo et al., (eds.), *La Nación soñada*, pp. 267-82; A. García Álvarez, «Metamorfosis de una institución financiera: el Banco Español de la Isla de Cuba», *Tiempos de América*, 2 (1998), pp. 117-36, o M. Rodrigo, «El Banco Hispano Colonial y Cuba (1876-1898)», *Ibero-*

Cuando en la década de 1960 J. Le Riverend completó la primera edición de su *Historia económica de Cuba*, apuntaba que la especialización económica dejó un margen para el desarrollo de otros sectores de actividad, algunos de ellos considerablemente importantes para atender las necesidades de la agricultura e industria de exportación, así como la creciente demanda de la agricultura e industria de exportación, así como la creciente demanda urbana. En ese sentido, dicho libro representa una aportación pionera en los estudios sobre las economías latinoamericanas, que años más tarde comenzaron a indagar en el surgimiento dentro de las mismas de cierta diversificación productiva como resultado de los efectos multiplicadores del sector externo².

La línea de investigación apuntada tan tempranamente por J. Le Riverend, sin embargo, tuvo poca continuidad posteriormente. No obstante, por las características descritas en párrafos precedentes es fácil deducir que

América Pragmática, 17, 1998, pp. 111-28 (la citada I. Roldán última en estos momentos un libro sobre el Banco Español); en cuanto a los ferrocarriles, O. Zanetti y A. García Álvarez, *Caminos para el azúcar*, La Habana, Ciencias Sociales, 1987 (hay una edición en inglés editada en Chapel Hill por North Carolina Univ. Press en 1998); Fundación de los Ferrocarriles Españoles, *El Camino de Hierro La Habana-Güines*, Madrid, 1989; E. L. Moyano, *La nueva frontera del azúcar: el ferrocarril y la economía cubana en el siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1991, o A. Santamaría, «Los ferrocarriles de servicio público cubanos (1837-1959). La doble naturaleza de la dependencia azucarera», *Revista de Indias*, 204 (1995), pp. 485-515; «Cuba», en J. Sanz, (coord.), et al., *Guía histórica de los ferrocarriles en Iberoamérica, 1837-1995*, Madrid, Minist. de Fomento, 1998, s.p., y «El ferrocarril en las Antillas españolas, Cuba, Puerto Rico y la República Dominicana, 1830-1995», en J. Sanz, (coord.), et al., *Historia de los ferrocarriles en Iberoamérica, 1837-1995*, Madrid, Minist. de Fomento, 1998, pp. 298-334, y en relación con el tabaco, J. Rivero Muñoz, *Tabaco: su historia en Cuba*, La Habana, Inst. de Historia de Cuba, 1964; F. Ortiz, *Contrapunto cubano del tabaco y del azúcar*, La Habana, Ciencias Sociales, 1973; J. Stubbs, *El tabaco en la periferia. El complejo agro-industrial cubano y su movimiento obrero, 1860-1959*, La Habana, Ciencias Sociales, 1998; D. González, «La manufactura tabacalera cubana en la segunda mitad del siglo XIX», *Revista de Indias*, 194, 1992, pp. 292-326. Para una relación más extensa de estudios sobre estos sectores, ver también A. Santamaría y C. Naranjo, «El 98 en la América española. Últimos resultados y tendencias recientes de la investigación», *Revista de Indias*, 213, 1998, pp. 203-74, e I. Roldán, *Historia económica de Cuba en el siglo XIX, Bibliografía (1898-2000)*, Madrid, Fund. Histórica Tavera y Fund. Empresa Pública, 2001.

² J. Le Riverend, *Historia económica de Cuba*, La Habana, 1985. Para los referidos estudios sobre las economías latinoamericanas ver, por ejemplo, R. Cortés Conde y S. Hunt, eds., *The Latin American Economies. Growth and Export Sector, 1880-1930*, Nueva York, Holmes & Mier, 1985, o R. Thorp, ed., *América Latina en los años treinta. El rol de la periferia durante la crisis mundial*, México, FCE, 1989.

para completar el conocimiento de la economía cubana, incluso de su especialización, es preciso tener una visión más amplia de ella, de sus límites y alcance, de la estructura productiva surgida al amparo de la misma. En los últimos años el tema ha comenzado a despertar el interés de los historiadores, y aunque aún son muy pocos los que han centrado sus esfuerzos en ese sentido, al menos se ha abierto un campo de estudio del que es posible esperar grandes frutos en el futuro.

Autores como A. García Álvarez, R. Funes, M. A. Marqués, R. Misas, E. L. Moyano y S. Fernández o I. Roldán han realizado valiosas aportaciones al estudio de la producción de henequén, banano o trigo, la explotación de la madera, la extracción de minerales o la industria y el empresariado no azucarero en general (en el caso de las investigaciones de M. A. Marqués) en distintas épocas. En esa línea, aunque con un interés más centrado en la estructura o el ingreso agregado de la economía insular debemos mencionar también las obras de J. Ibarra y nuestros propios trabajos, en solitario o en coautoría con C. Naranjo³.

El objeto del presente artículo es muy modesto. La referida producción historiográfica es aún escasa para realizar un balance acerca de la misma, no obstante, si es posible y necesario apuntar algunas ideas sobre el tema con la ayuda de lo que ha ido aportando, fundamentalmente para el período anterior a la década de 1880, el menos investigado y en el que se definieron y consolidaron los rasgos que caracterizaron a la economía insular en las décadas posteriores⁴.

ESPECIALIZACIÓN Y ESTRUCTURA PRODUCTIVA AGREGADA

En un estudio reciente y de manera muy burda, tanto como permiten las fuentes y la historiografía disponible, aunque debemos decir también que es un problema compartido con los cálculos existentes para otros países y

³ Las obras de estos autores se irán mencionando a lo largo del artículo.

⁴ Para el período posterior a la década de 1880 contamos, sobre todo, con los trabajos de M. A. Marqués, con una tesis doctoral leída recientemente y que en breve se transformará en libro, M. A. Marqués, *Empresas y empresarios en las entidades industriales menores de Cuba (1870-1929)*, tesis doctoral, Madrid, Univ. Autónoma, 1998, y varios artículos que desarrollan distintos aspectos de la misma, por ejemplo, «El empresariado español en la industria no-azucarera cubana (1880-1910)», en C. Naranjo *et al.*, (eds.), *La Nación soñada*,

que, en cualquier caso y aun con tales límites, es mejor disponer que adolecer de ellos, estimamos el producto agregado de la economía cubana para varios cortes cronológicos desde las últimas décadas del siglo XVIII hasta finales del XIX. El resultado que obteníamos es que partiendo de unos niveles de aproximadamente 11.000.000 de pesos en precios constantes de la década de 1840, el ingreso insular aumentó hasta cerca de 221.000.000 en 1880. En términos *per capita* dicho incremento fue de 63 a 146 pesos.

Nuestras estimaciones permiten distinguir varios períodos en el crecimiento económico cubano decimonónico. En el primero, desde finales del siglo XVIII hasta la década de 1830, el ingreso se incrementó a una tasa media anual del 5-6%, aunque en valores *per capita* dicha cifra se reduce al 1% aproximadamente. Luego, tras un momento en el que se mantuvo prácticamente estancado, entre los años cuarenta y sesenta, creció a un ritmo del 6,7% en valores absolutos y del 2,4% por persona, para reducirse con posterioridad y de un modo drástico al 0,7 y 0,1% respectivamente en el lapso comprendido entre el decenio de 1860 y el inicio de la década de 1880.

En todo el período estudiado el sector primario fue el que generó la mayor parte del ingreso cubano. Su importancia creció, además, desde valores próximos al 60% a finales del siglo XVIII e inicios del XIX hasta alrededor de un 70% en los albores de la década de 1880; sin embargo, en ese producto agrícola y ganadero, los rubros de actividad más modernos, la plantación comercial, azucarera, tabacalera y cafetalera fundamentalmente, aunque esta última fue desapareciendo con el tiempo, reportaban un cuarto de dicha renta en el primer período citado, porcentaje que fue aumentando hasta más de un 60% después de los años treinta.

La producción azucarera fue la que registró un incremento más elevado, pasando del 20% del ingreso en las décadas finales del siglo XIX a cerca del 70% en 1880; dicho incremento, además, se hizo en detrimento de otros sectores, pero al mismo tiempo proporcionó un crecimiento que difícilmente se habría alcanzado sin un grado de especialización tal y que, como señalaba J. Le Riverend, impulsó el surgimiento y desarrollo de una serie de actividades económicas más o menos vinculadas a la misma, pero, en cualquier caso, determinadas por una estructura económica cada vez más condicionada por su desempeño.

o «Las industrias menores en Cuba finisecular: problemas de un mercado compartido (1882-1898)», en *V Encuentro de Latinoamericanistas Españoles*, Sevilla, Esc. de Estudios Hispanoamericanos, 1996.

Según las referidas estimaciones del ingreso y su distribución, la renta agraria menos vinculada con las exportaciones generaba a finales del siglo XVIII y principios del XIX más de un 60% del producto agropecuario insular, porcentaje que en los años cuarenta se había reducido hasta un 40% aproximadamente y a partir de la década de 1860 representaba en torno a un 20%. No obstante, si observamos su evolución en términos absolutos, en los años ochenta dicho producto había aumentado un 324% respecto a finales del siglo XIX y un 15% frente al decenio de 1830.

Acerca del producto de los sectores secundario y terciario se puede decir lo mismo que sobre el ingreso agrario menos vinculado con las exportaciones. Aunque su participación en la generación de la renta se redujo del 40% al 30% aproximadamente a partir de la década de 1830, en el inicio del decenio de 1880 era, en términos absolutos, un 639% más elevado que a finales del siglo XIX y un 144% mayor que los años treinta.⁵

Las conclusiones que obteníamos de nuestras estimaciones del ingreso y su distribución sectorial en el siglo XIX corroboraban las tesis expuestas hace años por J. Le Riverend, aunque matizándolas en su contenido. La especialización de la economía cubana tuvo un efecto ambiguo sobre las actividades productivas menos vinculadas con las exportaciones y, en general, con la producción de azúcar; por un lado les restó recursos y no proporcionó un marco institucional adecuado para su desarrollo; por otro, impulsó el crecimiento de varios sectores gracias a sus efectos multiplicadores, a la infraestructura comercial y de transportes construida para atender sus necesidades, al crecimiento de las ciudades, y a la progresiva monetarización de la economía, aunque en este último caso limitada por el empleo de trabajo esclavo hasta la década de 1880.

En el contexto descrito en el párrafo precedente, surgieron y se desarrollaron en Cuba a lo largo del siglo XIX varios tipos de actividades productivas. Algunas lo hicieron aprovechando el mismo tipo de factores que explican el crecimiento de la industria azucarera, aunque en general en áreas distintas del territorio, por las que no se expandió aquella, particularmente la mitad

⁵ Datos de C. Naranjo y A. Santamaría, «Las últimas colonias, Puerto Rico y Cuba», en B. Lavalle, C. Naranjo y A. Santamaría, *América Española. Economía*, en *Historia de España*, 3º milenio (varios vols.), Madrid, Síntesis, 2002, t. 23, parte II. Ver dicho trabajo para conocer cómo se han realizado los cálculos y cuáles son sus principales problemas. Hay otra estimación del ingreso, desde el lado de la demanda y cuyas conclusiones son similares a las de nuestro estudio, ver P. Fraile *et al.*, «El caso cubano: exportación e independencia», en L. Prados y S. Amaral, (eds.), *La independencia americana, consecuencias económicas*, Madrid, Alianza, 1993, pp. 80-101.

oriental de la isla. Pero por esa misma razón se vieron también perjudicadas en determinados momentos por dicha ventaja, que permitió a los ingenios acaparar recursos cuando fue preciso. Salvo la agricultura y manufactura tabacalera, ninguna de tales actividades logró consolidarse⁶.

Otro tipo de actividades, con un carácter más estable que las anteriores y también un grado mayor de complementariedad y dependencia respecto a la producción de azúcar, fueron las destinadas a satisfacer la demanda básica de la población y de las plantaciones. Estas últimas se vieron afectadas de un modo negativo, sin embargo, por la competencia de las importaciones y se establecieron fundamentalmente en la mitad occidental insular, donde estaban situadas las principales ciudades del territorio y los ingenios.

En general, por tanto, el rasgo principal de las actividades económicas menos vinculadas con el sector externo y/o con la industria azucarera cubana fue su carácter complementario respecto de esta última, característica que, según parece, como veremos a continuación, favoreció su crecimiento en períodos de bonanza, aunque también impidió un desarrollo suficientemente autónomo para que en momento de crisis pudiesen compensar la reducción del ingreso procedente de ella. Parece, también, que esto fue así en el caso de los sectores directamente vinculados con dicha industria, pues en el de aquellos otros que aprovecharon sus mismos recursos, lo normal fue que con el paso del tiempo se viesen perjudicados por la expansión de los ingenios, sobre todo a partir de la década de 1830, cuando la competencia internacional obligó a una concentración de los factores productivos en las fábricas de dulce.

En las páginas siguientes analizamos los casos de algunas de las actividades mencionadas en páginas precedentes, de las más importantes y/o de aquellas que cuentan con estudios o fuentes publicadas suficientes.

LA AGRICULTURA

En las primeras décadas del siglo XIX la estructura del comercio exterior cubano estaba bastante diversificada. Además de azúcar y tabaco, la isla pro-

⁶ F. Ortiz, *Contrapunteo*, señalaba como razón para esa consolidación del tabaco dentro de la economía cubana la no coincidencia de su período de recolección con el de la caña de azúcar. También debió contribuir a ello su localización fundamentalmente en la región de Pinar del Río, la más occidental del país, cuyo aislamiento fue menor que el de la mitad oriental de la isla.

ducía y exportaba café a más de una decena de mercados. El cultivo de ese último artículo fue introducido en la isla a finales de la década de 1760. Su expansión, sin embargo, estuvo estrechamente relacionada con la inmigración a la Gran Antilla de franceses procedentes de Haití, tras la independencia de la colonia gala, agricultores de dicho grano, y que se establecieron fundamentalmente en la mitad oriental del territorio. Entre los quinquenios de 1790-1794 y 1800-1804 sus ventas en el exterior crecieron de 260 Tn. como promedio anual a 2.670.

En 1827 el café generaba un 33% del ingreso agropecuario en la provincia de Oriente y los ingenios un 10,0%, mientras en los departamentos del Oeste los segundos reportaban un 33% y los primeros un 26%, porcentaje alto, empero, pues además de extenderse por el cuadrante Este de Cuba, el cultivo de dicho artículo se expandió por la región occidental de Pinar del Río. Según H. Friedlaender y J. Pérez de La Riva, al efecto que sobre el mismo tuvo la eliminación de la oferta y la inmigración de plantadores haitianos a finales del siglo XVIII y principios del XIX se sumó luego una coyuntura de altos precios y un incremento de la demanda debido a las guerras napoleónicas en Europa y al embargo americano, lo que explica que su producción continuase creciendo a un ritmo muy alto hasta mediados de la década de 1830. A ello contribuyeron también unas necesidades de inversión y mano de obra inferiores a las que se requerían en la industria azucarera⁷.

La expansión del café fue tan intensa que a mediados de la década de 1820 su ingreso casi llegó a igualar al del azúcar. A precios constantes, representó un 14,1% de la renta agraria al final de esos años. Ahora bien, en el decenio siguiente empezó a experimentar dificultades y un constante descenso hasta desaparecer prácticamente como actividad económicamente relevante en Cuba en la segunda mitad del siglo XIX. Varias razones explican ese hecho. En primer lugar, la ventaja comparativa del dulce. Algunos cálculos basados en estimaciones de la época indican que el rendimiento de los cafetales no fue bajo: entre un 21 y un 29% de las ganancias brutas de explotación, reportando anualmente de un 0,8 a un 1,7% del capital invertido, pero tales cifras oscilaban en los ingenios en torno a 33-65% y a 4-19%.

⁷ Instituto de Historia de Cuba, *Historia de Cuba* (5 vols.), La Habana, Política, 1994, Vol. I, apéndice; H. Friedlaender, *Historia económica de Cuba*, La Habana, Montero, 1944, y F. Pérez de la Riva, *El café, historia de su cultivo y explotación en Cuba*, La Habana, Montero, 1944.

Además, el cociente valor de la producción / tierra utilizada en 1827-1831 era 0,89 en los primeros y sólo 0,76 en los segundos⁸.

El aumento de la competencia internacional, en especial de la brasileña, la reducción de los precios, las dificultades para mantener la trata y el encarecimiento de los esclavos perjudicó a la producción de café. No obstante, lo más determinante fue el efecto de esos mismos factores sobre la de azúcar, pues obligaron a un esfuerzo inversor en la modernización de los ingenios y en la construcción de infraestructura ferroviaria que, inicialmente, debió reser- var recursos a otras actividades y, posteriormente, incrementar su ventaja comparativa frente a ellas. Entre 1830 y 1860 se calcula que el capital necesario para establecer uno de esos ingenios creció un 106%, pero sus beneficios lo hicieron un 405%⁹. Como ejemplo de lo que decimos, aunque abordemos el tema más adelante, hay que tener en cuenta que apenas se tendieron vías en la zona oriental de la isla y la provincia de Pinar del Río, donde se concentraban la mayor parte de los cafetales.

Las represalias estadounidenses por el incremento de los aranceles coloniales en 1838 fueron otro factor explicativo de la reducción de la producción cafetalera cubana, pero parecen menos importantes que los referidos anteriormente. Eso sí, lo mismo que sucedió con la de azúcar, dicha producción fue perdiendo mercados en Europa, aunque en este caso no a causa del incremento y la protección de la oferta interna, sino de la citada competencia internacional, más eficiente. En 1847, según F. Pérez de la Riva, el 86% del grano insular exportado se enviaba allí, Francia y la Liga Hanséatica acaparaban a partes más o menos similares un 67%, los Estados Unidos sólo un 13%. Ahora bien, en estos últimos tenía la ventaja de la proximidad, con la consiguiente reducción del coste en transporte, de modo que tales represalias actuaron sobre todo en el sentido de evitar que su demanda amortiguase la desaparición de otros clientes, como ocurrió en el caso del dulce.

La oferta cafetalera cubana se fue reduciendo desde un máximo de 23.130 Tn. promedio anual en el lustro 1830-1834, sobre todo a partir de mediados de los años cuarenta, hasta 4.480 en 1860-1864. La Guerra de los Diez Años, que afectó principalmente a la mitad Este de la isla, agravó aún

⁸ F. Pérez de la Riva, *El café*, p. 170; F. Goizueta-Mimo, *Azúcar amargo cubano. Monocultivo y dependencia económica*, Oviedo, Gráfica Summa, 1974, p. 12, y C. Naranjo y A. Santamaría, «Las últimas colonias...», apartado III.3.

⁹ L. Marrero, *Cuba, economía y sociedad* (15 vols.), Madrid y San Juan, Playor, Marrero, 1973-1993, Vol. X, pp. 206-9.

más la crisis y al acabar la misma las exportaciones no llegaban a 20 Tn. El tema no ha sido estudiado, pero quizás el hecho de que como resultado la Gran Antilla se convirtiese en uno de los principales compradores de café borinqueño incentivó también que no se intentase paliarla mediante incentivos fiscales y aduaneros y otras medidas de fomento.

El otro artículo con ventaja comparativa en la agricultura cubana fue el tabaco. Como aproximación a esa ventaja, podemos decir que en 1863 se obtenían de él 25,2 pesos fuertes por hectárea, cantidad que sólo superaba el azúcar (38,6 pesos). El resto de los cultivos reportaban como promedio 16,¹⁰

La oferta tabacalera cubana se benefició de las primeras medidas liberalizadoras del comercio y de la creación de la Real Factoría en 1861, a la que tenían obligación de venderla los vegueros a un precio fijado previamente, aunque según H. Friedlaender fueron tenidos en cuenta a la hora de establecerlo. Las exportaciones promedio anuales (tampoco tenemos datos precisos de producción) crecieron de 640 Tn. en el quinquenio 1860-1864, a 2.350 en 1870-1874. Después disminuyeron drásticamente debido, en primer lugar, a que ante las grandes existencias acumuladas, dicha Factoría ordenó reducir el cultivo y, en segundo lugar, a las restricciones impuestas a las actividades comerciales en el inicio de la década de 1780, aunque éstas fueron bastante efímeras¹¹.

Al desaparecer las circunstancias anteriores, a partir de 1885-1889, la agricultura tabacalera inició una nueva fase de crecimiento, esta vez ininterrumpido, aunque con fluctuaciones, hasta 1810-1814. Desde décadas atrás, su cultivo se había visto desplazado por el avance de la industria azucarera y también por la presión de la ganadería, proceso que no cesó hasta entrado el siglo XIX y arreció en épocas como el inicio de los años noventa, cuando las condiciones de mercado ocasionadas por la eliminación de la oferta haitiana incentivaron la concentración de recursos en dicha industria. Como consecuencia, las vegas se fueron limitando a la región de Pinar del Río, donde aquella no les hizo competencia, y aunque a causa de esos factores a finales del setecientos su número se había reducido a la mitad respecto a las existentes en los años setenta, la evidencia muestra que el sector estaba consolidado dentro de la economía insular¹².

¹⁰ J. de la Pezuela, *Diccionario geográfico, estadístico e histórico de la isla de Cuba* (2 vols.), Madrid, 1963-1966, Vol. 1, p. 38.

¹¹ H. Friedlaender, *Historia económica de Cuba*, pp. 91-4.

¹² Ver C. Naranjo y A. Santamaría, «Las últimas colonias...», cuadro III.3.4.

Lo más llamativo de las cifras sobre la oferta de tabaco es que a pesar de sus fuertes fluctuaciones, hasta los años treinta, cuando comenzamos a tener datos desagregados de la exportación en rama y elaborado, se movió siempre dentro de los mismos márgenes. No superó los 3.500 Tn. como promedio anual por quinquenio, pero tampoco se redujo por debajo de 1.500 excepto en 1880-1884, por las razones explicadas con antelación. De ahí lo que señalamos acerca de que el sector se había consolidado dentro de la economía insular. Parece, que los factores positivos y negativos para su desarrollo se compensaron. Por un lado, hay que tener en cuenta que su mercado estaba en España más que en los Estados Unidos y en Europa, de modo que se vio más perjudicado por el efecto que las guerras tuvieron sobre el comercio en el último tercio del siglo XVIII, pero también sufrió menos después las represalias norteamericanas debido a la elevación de los aranceles coloniales para las mercancías extranjeras. Además, a partir de la década de 1810 se benefició de importantes medidas de fomento. El Intendente A. Ramírez abolió el estanco en Cuba, siguiendo las recomendaciones de F. Arango y Parreño, y su sucesor al frente a la Hacienda, C. Martínez de Pinillos, privilegió sus ventas gravándolas con un impuesto relativamente bajo, no obstante, los derechos diferenciales de bandera y el mantenimiento del estanco en metrópoli, frenaron el crecimiento que tales incentivos trataron de impulsar. Finalmente, la ventaja comparativa de la producción de azúcar, como hemos dicho, limitó las vegas a Pinar del Río y seguramente les restó recursos, aunque al mismo tiempo les favoreció por ser el tabacalero un cultivo combinable con el de la caña a causa de la referida no coincidencia de sus épocas de cosecha, y a la concentración del primero en manos de pequeños y medianos campesinos y explotaciones familiares que usaron poco trabajo esclavo, requirieron escasas inversiones y atrajeron la inmigración de familias blancas, fundamentalmente de Canarias.

El tabaco, por tanto, es un ejemplo de cómo la combinación de los efectos positivos y negativos de la especialización económica cubana en la producción de dulce permitieron la consolidación de una actividad distinta. Pero hay más, en general poco importantes comparados con aquella, pero no en otros términos, también relativos, que en general se conocen poco por el citado escaso interés de los investigadores debido, precisamente, a su concentración en el estudio de la industria azucarera. Casos como el de la agricultura platanera, que actualmente está mereciendo atención de A. García Álvarez, prueban lo que decimos. En el Norte de la región oriental, en la zona de Baracoa, surgieron explotaciones de banano destinadas al mercado

internacional que en el final de la década de 1820 y el inicio de los años treinta vendían un promedio de 30.000 racimos anuales en el mercado, cantidad que aumentó a un ritmo bastante sostenido hasta más de 1.860.000 al acabar el decenio de 1860. Ese autor señala también que gracias a esa expansión Cuba fue la principal exportadora de la referida fruta hasta mediados del siglo XIX¹³.

Lamentablemente, el estudio de otras actividades agrícolas es mucho más deficitario que sobre las anteriores. No obstante, sabemos que sectores como la apicultura, por ejemplo, experimentaron una evolución similar al del cultivo bananero. En 1826 el ingreso de sus productos (miel y cera) generaba un 1,1% de la renta agraria cubana a precios de 1860. En ese último año la proporción creció hasta 2,8¹⁴.

Actividades no agrarias, como la minería, determinadas industrias o los ferrocarriles, algunas de las cuales analizamos más adelante, se beneficiaron también de los efectos multiplicadores de la especialización productiva cubana. Otras, sin embargo, parece que sufrieron una influencia inversa, aunque por lo general no disponemos de estudios detallados que permitan saber lo que ocurrió. El caso más conocido y uno de los más relevantes fue el del ganado. Su importancia económica disminuyó por el avance de la agricultura comercial en detrimento de la hacienda pecuaria extensiva, pero también por la ausencia de medidas de fomento que hubiesen podido paliar su crisis, sobre todo de exenciones de impuestos a la explotación y comercio. El déficit de carne y derivados manufactureros de los animales, de cueros fundamentalmente, fue cubierto con importaciones.

Nuestra reconstrucción del producto agrario cubano en el siglo XIX indica un fuerte crecimiento del ingreso en las décadas finales del siglo XVIII (4,1% como promedio anual), sobre todo del producto de los cultivos de exportación (6,1%). Dicho primer incremento se duplicó en el período transcurrido entre la independencia haitiana y el inicio de la década de 1830 y se redujo posteriormente de un 7,9% promedio anual en el lapso 1827-1831, a un 2,7 en 1842-1846.

La finalización en el decenio de 1830 de las excepcionales circunstancias internacionales que impulsaron el crecimiento económico cubano en las

posteriores del siglo XVIII y el inicio del XIX (aumento de la demanda mundial y de los Estados Unidos especialmente y reducción de la competencia de exportadores tan importantes como Haití), acompañadas de reformas institucionales para aprovecharlas, se muestra determinante para entender la evolución de la renta agraria y de la especialización productiva insular. La reducción de la tasa de incremento de esta última en los años cuarenta hasta un 2,7% promedio anual se debió, sobre todo, al estancamiento del ingreso de las actividades menos comerciales (1,2%), lo que indica una concentración de los recursos en los cultivos destinados al mercado externo. Dicho desplazamiento, sin embargo, tuvo como resultado un fuerte aumento del producto generado por tales cultivos en las décadas siguientes (entre 1842-1846 y 1862-1863 aumentó una tasa media del 9,5% por año).

Si corregimos los datos de los párrafos precedentes utilizando los datos de población para obtener una visión más real del crecimiento cubano, la conclusión es que el número de habitantes aumentó en la isla menos que el ingreso agregado durante todo el período comprendido entre finales del siglo XVIII y la década de 1880. La evolución de la renta por persona, además, muestra una tendencia muy similar a la del producto total, pues se incrementó de manera especialmente intensa en el primer tercio del siglo XIX (1,4% promedio anual) y entre las décadas de 1840 y 1860 (2,3%), y posteriormente se estancó¹⁵.

Otra cuestión llamativa acerca de la razón renta-población en Cuba es que no hubo una relación lineal como la que a veces se ha dado por supuesto entre el aumento del número de esclavos y el ingreso agrario, excepto en los años finales del siglo XVIII, en que aquel primero lo hizo a una tasa del 5,3% promedio anual; es decir, en el período de la consolidación de la planificación comercial. Posteriormente el segundo se incrementó siempre a un ritmo superior. Esta evidencia no cuestiona la importancia fundamental que el trabajo de aquéllos tuvo, sobre todo, para la industria azucarera, pero es indicativa de la razón por la cual la economía insular superó las referidas dificultades para su crecimiento que se plantearon a finales de la década de 1830.

La economía cubana afrontó los problemas causados por el incremento de la competencia internacional, el proteccionismo de los mercados, el abaratamiento de los precios de los productos agrarios y los problemas de carácter institucional, en especial el reforzamiento de la presión colonial sobre su comercio a partir de la consolidación de los liberales en el gobierno madri-

¹³ A. García Álvarez, «La costa cubana del comercio bananero, 1804-1868», *Tiempos de América*, 7, 2000, pp. 67-84. De este autor esperamos la publicación de un libro acerca del tema próximamente.

¹⁴ Instituto de Historia de Cuba, *Historia de Cuba*, vol. 1, p. 486.

¹⁵ C. Naranjo y A. Santamaría, «Las últimas colonias...», cuadro III.3.5.

leño en la década de 1830 y cuyo gobierno supuso un aumento de la protección del mercado insular para los productos metropolitanos, concentrando los recursos en las actividades con ventaja comparativa y optimizando el uso de los factores relativamente escasos, sobre todo de la mano de obra¹⁶, gracias a la disposición de capital y a la alta rentabilidad de su agricultura mercantil, que permitió invertir en infraestructura y tecnología con ese propósito.

Aunque disponemos de pocos datos acerca de la productividad de la tierra, la información con que contamos no deja lugar a dudas: por la misma razón que se intensificó el uso de la mano de obra, la utilización de aquella en Cuba fue extensiva, procedimiento coherente con su dotación física, pues el suelo era el recurso relativamente más abundante y no hubo presión poblacional sobre él. La escasez de cifras desagregadas referentes a la distribución de la superficie cultivada, apenas permite otras conclusiones.

De nuestros cálculos sobre la estructura del ingreso agrario cubano, llama la atención, finalmente, el crecimiento relativo que experimentaron artículos como el arroz y algunos otros productos agrarios menores entre las décadas de 1840 y 1860 del 1% al 4-4,5% anual aproximadamente que, a pesar de la falta de estudios respecto a su significado, tal vez indican un desarrollo de ciertas actividades que, al menos parcialmente, también se dedicaron a la exportación (como observamos en el caso de la cera y miel de abeja), cambios en los hábitos de consumo y/o ciertos incentivos que favorecieron la siembra de artículos que no competían con los que podían importarse de España u otros países¹⁷.

Además de la concentración de recursos en los cultivos comerciales para aprovechar su ventaja comparativa que explica la especialización en términos de rentabilidad: era más beneficioso producir azúcar y tabaco e importar otros bienes que diversificar la economía, hay también una razón de carácter contable y, por tanto, irreal, aunque también muy difícil de precisar tras la disminución de la renta de las actividades menos vinculadas con las exporta-

¹⁶ Ver A. Santamaría y L. M. García Mora, «A propósito de la industria azucarera en Cuba, 1860-1880. Mano de obra y tecnología», en M. Guicharnaud-Tollis, (ed.), *Le sucre dans l'espace Caraïbe hispanophone aux XIX^e et XX^e siècles*, Paris, L'Harmattan, 1999, pp. 71-94.

¹⁷ Dichos artículos eran, además, relativamente poco importantes en el ingreso agrario comparados con las viandas, el maíz o el ganado, cuyo producto se redujo como porcentaje de tal ingreso del 30 al 24%, del 9 al 1% y del 7 al 3% respectivamente en las mismas fechas. C. Naranjo y A. Santamaría «Las últimas colonias...», cuadro III.3.6.

ciones que muestran las cifras utilizadas en estas páginas. En Cuba se sembraron infinidad de artículos en las plantaciones para alimentar a los esclavos y trabajadores —fue relativamente común que una porción del salario de estos últimos se pagase en especie—, y se crió parte del ganado necesario para las faenas agrarias y también para el consumo. En muchas ocasiones, dichos esclavos y trabajadores poseían pequeñas extensiones de terreno dentro de ellas, de las que obtenían granos y viandas y en las que criaban algunos animales.

Apenas tenemos datos sobre lo que se producía en las plantaciones cubanas aparte de azúcar, tabaco y café. Según las estimaciones de A. Humboldt, de R. de La Sagra, J. de la Pezuela, F. Goizueta-Mimo o L. Marrero para las décadas de 1820, 1830, 1840-1850 y 1860 (los dos últimos) respectivamente, el valor de los llamados frutos menores cultivados y del ganado criado en los ingenios insulares representó entre un 10 y un 15% de sus ingresos, dependiendo del grado de concentración de la población activa empleada en ellos, de su mayor o menor rentabilidad, de la necesidad de aumentar o disminuir la oferta azucarera, así como del avance de la economía monetaria y del trabajo asalariado, factores que, debido a la coincidencia de los datos de los referidos autores, posiblemente tendieron a compensarse con el paso del tiempo¹⁸.

En conclusión, una última matización sobre las cifras que estamos manejando es que parte del deterioro del ingreso agrario no comercial que indican los datos disponibles no fue real, sino que se explica por razones contables; por su inclusión dentro de los datos del producto de la plantación. En ella, además de la siembra de distintos cultivos y de la crianza de animales, se llevaron también a cabo actividades mercantiles e industriales: construcción, herrería, carpintería y comercio al detalle, acerca de las cuales la información es prácticamente inexistente.

Teniendo en cuenta todas las matizaciones que hemos señalado y que, como decimos, no pretenden cuestionar las conclusiones de los estudios precedentes sobre la especialización del crecimiento económico de Cuba, que es evidente, sino situarlo en términos más precisos, la gran expansión de la industria azucarera insular se produjo a partir de mediados de la década de

¹⁸ M. A. Puig Samper et al., (eds.), *Alejandro von Humboldt, Ensayo político de la isla de Cuba*, Aranjuez, Doce Calles, 1998, pp. 179-81; R. de la Sagra, *Historia económica-política y estadística de la isla de Cuba*, La Habana, Vda. de Araroz, 1831, pp. 108-9; F. Goizueta-Mimo, *Azúcar amargo*, p. 129; J. de la Pezuela, *Diccionario geográfico*, vol. I, pp. 59-60, y L. Marrero, *Cuba, economía y sociedad*, vol. X, pp. 165-9.

1840 gracias a su capacidad tecnológica y financiera para hacer frente a la competencia internacional, a las medidas proteccionistas de su metrópoli y a los mercados, en parte como consecuencia de aquéllas. Entre 1845-1849 y 1850-1854 la oferta de dulce se incrementó un 66,2%, porcentaje jamás alcanzado en fechas anteriores a pesar del elevado nivel de partida, y en el quinquenio siguiente lo hizo un 44,1. La crisis de finales de los años cincuenta y el encarecimiento de los esclavos redujo luego esas tasas hasta el 8,1% en 1860-1864, pero posteriormente volvieron a aumentar a un ritmo inferior al del lapso 1850-1859, aunque de todos modos muy elevado: 17,6% en 1865-1869 y 28,0 en 1870-1874¹⁹.

La oferta de tabaco evolucionó de modo similar a la de azúcar. En la década de 1850 la producción media por quinquenio de ese artículo en rama superó la barrera de las 3.500 Tn., llegando a 5.150 en 1870-1874. Además, a tales cifras debemos añadir las de cigarras elaborados, cuya cantidad experimentó también una fuerte expansión en los años cincuenta, se ralentizó como la de dulce en el lustro 1860-1864, pero prosiguió luego hasta mediados del decenio de 1870 a un ritmo considerablemente alto. En valores relativos, respecto al ingreso agrario agregado, dicha oferta se incrementó del 12,5 al 18% entre 1827-1837 y 1861-1863²⁰.

El avance de la especialización económica fue también en Cuba, como mencionamos anteriormente, una cuestión regional. La industria azucarera se centró originalmente en el litoral habanero y matancero, y se fue extendiendo lo largo del siglo XIX de Norte a Sur y de poniente a levante. Dicho proceso, sin embargo, no sólo dejó al margen la mitad oriental de la isla, sino que acrecentó su aislamiento y falta de desarrollo, sobre todo en términos relativos. El contrabando y la ganadería predominante en esa última zona fue perdiendo importancia con el paso del tiempo²¹, y la producción de café, plátanos, mineral de cobre, incluso azúcar, que creció considerablemente hasta mediados del ochocientos, aunque en distintas áreas de su territorio, en general, desconectadas entre sí, experimentaron después una crisis por diversas razones: el agotamiento de las vetas cupríferas, la competencia interna

¹⁹ M. Moreno Frignals, *El ingenio*, vol. III.

²⁰ F. Pérez de la Riva, *El café*.

²¹ Sabemos muy poco de este proceso, M. Moreno Frignals, *Cuba/España, España/Cuba, historia común*, Barcelona, Crítica, 1995, o G. García Rodríguez, «El auge de la sociedad esclavista en Cuba», en Instituto de Historia de Cuba, *Historia de Cuba*, pp. 225-54, presentan algunos datos y ciertas ideas acerca de ambos temas.

del bananero y cafetalero y la concentración de recursos —mano de obra, sobre todo esclava, capital y tecnología— en los ingenios occidentales.

La mitad Este de la Gran Antilla agrupaba a sólo el 29% de la población y al 15% de los esclavos a finales del siglo XVIII; en 1817 dichos porcentajes crecieron hasta el 32 y 17%, pero en la década de 1860 se habían reducido, incluso, por debajo de aquellos primeros valores: 24 y 10%. En 1827 la ganadería era la actividad económica más importante en la provincia de Puerto Príncipe y el café en la de Oriente y concentraban buena parte de la producción cubana de ambos; en 1860, sin embargo, era el azúcar y el tabaco lo que predominaba en ellas, aunque sus respectivas ofertas no llegaban al 10 y al 20% del total insular²².

Según nuestros cálculos, el crecimiento del ingreso de la agricultura se estimó entre las décadas de 1860 y 1880 como consecuencia, fundamentalmente, de la reducción de la producción de los principales artículos comerciales —azúcar y tabaco— en la segunda mitad de los años setenta. En ese período fue cuando la economía cubana comenzó a padecer los problemas que señalamos anteriormente sobre los determinantes de su especialización en las actividades menos vinculadas con las exportaciones, pues la renta generada por estas últimas creció únicamente un 0,8% anual de 1862-1863 a 1881, pero la de aquellas primeras lo hizo sólo un 0,1%. Las dificultades ocasionadas por dicha situación no se presentaron súbitamente. La primera ya la hemos mencionado: el escaso dinamismo de la oferta rural no destinada al mercado exterior debido a su carácter complementario, más que alternativo, respecto a la azucarera y tabacalera. La crisis progresiva del sistema esclavista, el incremento del precio de los negros, la concentración de los intercambios externos de la isla en los Estados Unidos y los efectos de la política arancelaria de dicho país y de la metrópoli, además de la intención del gobierno madrileño de reforzar el control de la colonia alterado por esos mismos factores y que se tradujo en un esfuerzo por españolizarla y en una mayor presión fiscal para extraer más recursos de ella²³.

Los problemas que apuntaba la economía cubana a finales de la década de 1860 y, sobre todo, su incidencia relativamente más acuciante en la mitad Oriental de la isla son, sin duda, algunas de las razones que explican el estallido de la Guerra de los Diez Años en 1868. Desde luego, hubo otros motivos, sociales y políticos, que no abordaremos aquí.

²² Instituto de Historia de Cuba, *Historia de Cuba*, pp. 466-98.

²³ C. Naranjo y A. Santamaría, «Las últimas colonias...», apartado III.3.

La historiografía coincide en que la administración colonial y las relaciones con la metrópoli habían llegado a una situación que urgía reformas en la década de 1860. Económicamente hablando, la crisis del sistema esclavista y la concentración del comercio cubano en los Estados Unidos, alteraban las condiciones sobre las que se había asentado el sistema de dominación a principios del siglo XIX. La propia consolidación del Estado había provocado un desplazamiento de la oligarquía criolla del poder; además, hubo un esfuerzo explícito y explícito ya mencionado por españolizar la población. Explícito, en este caso con la aquiescencia de dicha oligarquía, para contrarrestar la importancia del elemento negro en ella; implícito, para asegurar el poder madrileño. Estos costes, así como la ausencia de derechos políticos, y las cuantiosas rentas extraídas del territorio por vía fiscal y arancelaria, fueron aceptados mientras garantizaron el crecimiento económico y el orden interno en la isla.

A finales de la década de 1860 se atisbaba que la futura eliminación de la esclavitud y la progresiva concentración de las exportaciones cubanas en el mercado norteamericano afectarían seriamente a una relación colonial que ofrecía orden frente al peligro de una sublevación de la población negra a cambio de una parte de las rentas del comercio externo colonial, sobre todo cuando un tercer país, los Estados Unidos, adquiría una posición determinante sobre el mismo. Frente a esa situación se convocó en Madrid una Junta de Información que, según la historiografía, no ofreció soluciones para los referidos problemas. Sea como fuere, no podemos saber si finalmente se habría iniciado un proceso de reformas y en qué medida éstas hubiesen sido adecuadas para resolver dichos problemas, pues antes estalló en la mitad oriental de la isla un conflicto por la independencia. La historiografía señala también que la guerra fue el resultado del fracaso del movimiento reformista, así como, y en relación con ello, de la oposición a un aumento de las contribuciones fiscales²⁴. Ambos factores pudieron provocar que las especiales circunstancias en que se hallaba la mitad Este de la Gran Antilla terminasen en un alzamiento contra España.

La guerra no sólo empezó en la mitad oriental; además se limitó a esa región, seguramente debido a lo que hemos señalado sobre la diferente situación en el Este y el Oeste insular y a que el dominio colonial, aunque

²⁴ Ver, por ejemplo, R. Guerra, *La Guerra de los Diez Años*, La Habana, Ciencias Sociales, 1972, o I. Roldán, *La Hacienda en Cuba durante la Guerra de los Diez Años (1868-1880)*, Madrid, Inst. de Cooperación Iberoamericana e Instituto de Estudios Fiscales, 1990.

comenzaba a mostrar problemas, aún era aceptable en Occidente. Al no afectar al territorio de este último, por otra parte, no detuvo el crecimiento de la agricultura de exportación, incluso lo favoreció, pues actuó como acelerador de las tendencias que venían manifestándose desde tiempo atrás.

Los insurrectos liberaron a los esclavos en la zona que controlaban y, para evitar que los demás se sumasen a la causa rebelde, la administración colonial se vio obligada a avanzar en el proceso de abolición. Las campañas de devastación, asimismo, provocaron la eliminación física de muchas actividades productivas; perjudicaron a los cultivos bananeros, agravaron la crisis de la minería del cobre y destruyeron infinidad de ingenios y cañaverales que, al estar situados en la región Este de Cuba y debido a su menor eficiencia frente a la industria azucarera del Oeste, en general no volvieron a ponerse en explotación. En síntesis, pues, la guerra de 1868-1878 profundizó las diferencias en el desarrollo de las dos mitades de la isla. Autores como M. Moreno Fraginals y J. Moreno Maso o A. Quiroz señalan, además, que el proyecto de españolización de la sociedad y el poder económico colonial también se vio favorecido como resultado de la misma, a través de la venta pública de bienes embargados a los mambises y de la permanencia en la Gran Antilla de soldados que fueron reclutados para atender a las necesidades bélicas y a los que se ofreció tierra para permanecer luego en ella²⁵.

En 1878, tras diez años de luchas, se firmó un acuerdo de paz y, como resultado del mismo, se inició un proceso de reformas del que hablaremos más adelante. Independientemente de los efectos de conflicto, en la segunda mitad de la década de 1870 la situación económica había variado. La producción de azúcar se redujo un 10% frente al primer lustro de ese decenio, las exportaciones de tabaco en rama un 6,8 y manufacturado un 78,6%. El producto agrario agregado en el inicio de los años ochenta era prácticamente el mismo que en los albores de los sesenta. L. Marrero habla de este momento como *el fin de la edad de oro*²⁶.

A pesar de sus problemas, de los atisbos de crisis que conociendo lo ocurrido posteriormente pueden encontrarse en el extenso período transcurrido entre el inicio de las reformas borbónicas y la Guerra de los Diez Años,

²⁵ M. Moreno Fraginals y J. Moreno Masó, *Guerra migración y muerte (el ejército español en Cuba como vía migratoria)*, Gijón, Júcar, 1993, y A. Quiroz, «Loyalist Overkill: the Socioeconomic Cost of 'Repressing' in the Separationist Insurrection in Cuba, 1868-1878», *Hispanic American Historical Review*, 72/8, 1998, pp. 278-301.

²⁶ L. Marrero, *Cuba, economía y sociedad*, vol. X, p. 215.

la economía cubana experimentó a lo largo del mismo un fuerte proceso de crecimiento gracias a su especialización en la producción comercial con mayor ventaja comparativa. Es difícil encontrar un ejemplo similar en la historia mundial y, por supuesto, resulta pueril pensar que la administración colonial española no tuvo que ver con ello.

Las tesis relativamente recientes y generalmente bastante aceptadas acerca de que, en última instancia, el crecimiento depende de factores institucionales coinciden con la idea expuesta en el párrafo anterior²⁷. El gobierno colonial propició durante las décadas finales del siglo XVIII y el primer tercio del XIX el marco necesario para que la Gran Antilla desarrollase el potencial de su economía y comercializase el resultado, garantizó la estabilidad social y los derechos de propiedad, facilitó la dotación de los recursos que faltaban internamente e intervino relativamente poco en las actividades productivas; a cambio cobró en impuestos, aranceles sobre las exportaciones e importaciones del exterior reservando parte del mercado insular para las mercancías metropolitanas. Fue un modelo atípico, sin duda, pero no por ello irracional. Al contrario, Cuba era considerada en el referido período la colonia más rica del mundo. Si se entiende el problema de su relación con España en términos de costes-beneficios del sistema de dominación resulta más fácil comprender algunas de las razones económicas de la independencia cuando, a finales del ochocientos, como veremos más adelante, se modificaron completamente las condiciones en que se estableció dicho sistema.

Para valorar con precisión el crecimiento cubano lo más adecuado es observar en perspectiva comparada. Como ya señalamos, P. Fraile *et al.* sostienen que la Gran Antilla no se independizó de España cuando lo hizo su imperio continental americano debido a la fase de expansión en que se hallaba su economía. Sólo el producto de su agricultura, que generaba la mayor parte del ingreso insular, aumentó un 7,9% entre 1792 y 1827-1836. En el período inmediatamente posterior dicho porcentaje se redujo hasta el 2,7; no obstante, todavía era muy superior al 0,4% en que se estima el incremento de la renta mexicana. V. Bulmer Thomas calcula que el valor *per capita* de sus exportaciones hacia 1850 (22,2 \$) únicamente era superado en América Latina por el de las uruguayas; a bastante distancia quedaba el de las puertorriqueñas, terceras en ese *ranking* (13 \$), el de las argentinas y costarricenses (entre 10 y 11) y la media regional (5,2)²⁸.

²⁷ D. C. North, *Estructura y cambio en la historia económica*, Madrid, Alianza, 1984.

²⁸ Ver P. Fraile *et al.*, «El caso cubano...», pp. 80-101; R. J. y L. K. Salvucci, «Las consecuencias económicas de la independencia mexicana», en L. Prados y S. Amaral, (eds.), *La inde-*

Entre finales del siglo XVIII y los años treinta del XIX el producto agrario por persona aumentó en Cuba un 1,4% promedio anual; en España hay distintas estimaciones que sitúan dicho incremento entre -0,06 y 0,5%; en Gran Bretaña fue del -0,6 y en Francia del 0,4. En el período siguiente, hasta la década de 1860 cuando, como señalamos en páginas precedentes, la economía insular inició su fase más expansiva, el crecimiento fue el 1,7%, y en los otros tres países del 0,3; 2,0 y 0,5% respectivamente. Resultado de la referida expansión fue que en el decenio de 1870 el valor de las exportaciones *per capita* de la Gran Antilla se había elevado hasta 44,4 \$, situándose más o menos a la par de las uruguayas y manteniendo su diferencia respecto a Chile, Costa Rica o Argentina donde generaban entre 14 y 21 \$; en Puerto Rico todavía reportaban 9,6 \$; cantidad similar a la media latinoamericana²⁹.

En la segunda mitad del siglo XIX muchos países latinoamericanos iniciaron un desarrollo de su producción para la exportación similar al que Cuba había experimentado varias décadas antes. Las comparaciones internacionales confirman lo que decíamos con antelación acerca de que el aumento de la competencia internacional fue un acicate para su crecimiento, pues preservó, incluso mejoró su posición frente a dichos otros países.

INDUSTRIA, OTRAS ACTIVIDADES MENORES

La progresiva especialización productiva de la economía cubana permitió también el surgimiento y desarrollo de otros sectores secundarios y terciarios por varias razones. En primer lugar, determinadas actividades tradicionales de comercio, manufactura y servicios no desaparecieron, perdieron importancia en algunos casos con el avance del tiempo, en otros se reconvirtieron, pero siguieron siendo necesarias para el abastecimiento de la población, que no pudo satisfacerse completamente con importaciones, sobre todo de artículos que no era rentable comprar en el exterior por su escaso precio o elevado riesgo de transporte, al menos con la urgencia en que se requerían. Bienes alimenticios elaborados, textiles y calzado, utensilios básicos de ferretería o cons-

pendencia americana, pp. 33-8 (este segundo trabajo acerca de la renta mexicana), y V. Bulmer Thomas, *La historia económica de América Latina desde la independencia*, México, FCE, 1998, p. 89.

²⁹ Los datos sobre los países europeos son de L. Prados, *De imperio a nación. Crecimiento y auge económico en España (1780-1930)*, Madrid, Alianza, 1988, p. 51; para los latinoamericanos las cifras proceden de V. Bulmer Thomas, *La historia económica*, p. 89.

trucción tienen esas características, particularmente en las ciudades. Su confección fue de tipo artesanal, sobre todo en las últimas décadas del siglo XVIII y primeras del XIX.

No hay que olvidar que la razón de la especialización fue que permitió un crecimiento económico mayor gracias a la ventaja comparativa de los artículos que concentraron los recursos; en ese sentido, favoreció la movilización y reproducción de éstos y la creación de infraestructura, lo que, según el modelo teórico clásico de A. O. Hirschman³⁰, generó eslabonamientos que no siempre se trasladaron al mercado internacional. Determinadas actividades pudieran beneficiarse de dicha infraestructura, del capital obtenido como beneficio en las explotaciones comerciales y de su demanda de algunos bienes y servicios. Naturalmente, esto determinó el surgimiento de empresas de transporte naval y ferroviario, de almacenaje y comercio al por mayor, de instituciones de crédito, de un sector profesional encargado por su administración, pero también de negocios minoristas de compra-venta o talleres de reparación.

De la infraestructura creada y las redes de comercialización abiertas para atender las necesidades de las principales actividades de exportación y del excedente de capital que éstas generaron se beneficiaron, finalmente, y como observamos al estudiar la producción agraria, una serie de sectores situados en zonas donde aquéllas no tenían ventaja comparativa.

En el contexto descrito anteriormente surgió y se consolidó en Cuba un sector de producción y servicios, en muchas ocasiones reuniendo ambas características, en general, originado en el artesanal y comercio detallista tradicional, aunque en algunos casos también *ex novo*, y desarrollado como complemento de las principales actividades de exportación, no como alternativa a las mismas, adaptado a un mercado, además, en el que tuvo que competir en condiciones de desigualdad con las importaciones metropolitanas, incluso de otros países, pero en el que, como decimos, quedaban determinados espacios que sólo podía llenar la oferta interna. Se vio perjudicado, asimismo, por la extracción de excedente público (aranceles e impuestos coloniales) y privado (remesas y retorno de utilidades) y por unas estructuras de mercado de trabajo y financiero y de fomento que no estaban destinadas a su desarrollo pero que pudieron aprovechar marginalmente, y lo mismo se

³⁰ A. O. Hirschman, «Enfoque generalizado del desarrollo por medio de eslabonamientos, con especial referencia a los productos básicos», *Trimestre Económico*, 1, 1977, pp. 177-99.

puede decir de los recursos que recibieron, en muchos casos determinados por una abundancia tal de beneficios en el sector externo que excediese dichas vías de extracción y la normal disposición de una parte para reinversión.

Ejemplo del desarrollo de una actividad en un área de escasa expansión del azúcar y otros cultivos comerciales, pero beneficiada indirectamente por ella, fue la explotación de los yacimientos cupríferos de la región Sureste de Cuba, ubicada concretamente en la zona conocida como El Cobre, cercana a Santiago. Se sabía de la existencia de las minas desde el siglo XVI, y se intentó explotarla en varias ocasiones sin mucho éxito. La Corona, incluso, había asignado con tal objetivo una dotación de esclavos a la que se dio escaso empleo y que en los años de la Revolución Haitiana se rebelaron contra el proyecto de trasladarlos a La Habana para trabajar en la muralla y obtuvieron del Rey la libertad y la concesión de una villa y medio Cabildo municipal.

No fue hasta la década de 1830, con las facilidades concedidas para la inversión de capital y la participación de extranjeros en las actividades productivas de la isla cuando comenzaron a explotarse intensivamente las minas de El Cobre, aprovechando la existencia en Gran Bretaña de una fuerte demanda cuprífera. Empresarios ingleses e hispano-cubanos en sociedad o por separado crearon varias compañías con capital obtenido en el mercado londinense principalmente e iniciaron las actividades extractivas logrando un éxito relativamente rápido. Todo el producto conseguido se enviaba en bruto al Reino Unido gracias a un permiso especial que permitía venderlo sin refinar unos años, hasta que se instalasen fundiciones en la isla, pero que en la práctica se fue prorrogando ante la ausencia de aquéllas, así como de la exención de derechos para importar la maquinaria y aperos de trabajo, del quinto real y de derechos de exportación.

Las reformas coloniales de principios del siglo XIX, económicas e institucionales, permitieron el desarrollo de un sector en Cuba que no había sido posible anteriormente por su escasa importancia frente a la minería de metales preciosos novohispana. La necesidad de un fuerte desembolso inicial de capital, que no estaba disponible internamente, llegó del exterior gracias al atractivo que la isla empezó a tener para los inversores extranjeros. Debido a ello había en Santiago, como en otras ciudades de su territorio, cónsules británicos que fueron los promotores ingleses de dicho sector. Su relación con los empresarios hispano-insulares, por otra parte, no fue de predominio; al contrario, no sólo participaron juntos en el negocio, sino que cuando se construyó un ferrocarril para atender las necesidades de la explotación su

mentor fue uno de estos últimos, J. Arrieta que, además, era accionista de la principal compañía cuprífera, la Consolidada, fue objeto de las quejas de sus propios socios y otros mineros por los elevados fletes que cobraban los trenes aprovechando su posición de monopolio en el transporte de la zona y, al final, ganó los pleitos que le interpusieron y se hizo con la propiedad de la citada corporación.

El mercado colonial impuso también sus límites a la explotación minera, sobre todo cuando empezó a mostrar signos de crisis por otras causas. En primer lugar, como ya hemos dicho, no se desarrolló una industria de fundición, los productores se justificaron ante el gobierno argumentando que no había condiciones en la isla para ello. Igual que en el caso del azúcar, tampoco surgieron en la metrópoli, de modo que se aprovechó el mercado disponible, el británico, que demandaba el mineral en bruto.

La década de 1840 fue el período álgido de la minería cubana del cobre. Después comenzó a padecer dificultades de diversa índole. En primer lugar, lo mismo que sucedió en el caso del café, por ejemplo, sufrió las consecuencias de un fuerte descenso de precios de algo más de 100 \$/Tn. en el quinquenio 1845-1849 a unos 50 en 1950-1854 —cifra en la que se mantuvieron luego sin muchas variaciones—, a causa del incremento de la competencia y del abaratamiento del tráfico internacional de mercancías. A la disminución de las cotizaciones se unió la imposición de un gravamen del 5% sobre el producto de las explotaciones a partir de 1843, del que habían estado exentas antes de iniciar su fase de bonanza. Los argumentos esgrimidos por los propietarios para explicar la progresiva crisis del sector, sin embargo, fueron de otra índole. Tales dificultades, la carestía de los fletes ferroviarios y la escasez de mano de obra debido a la concentración de recursos en la industria azucarera empeoraron una situación ocasionada por el agotamiento de las vetas de mineral más rico y por el hecho de que la búsqueda de otras nuevas tropezó con problemas de anegamiento de los pozos según avanzaba la extracción en profundidad. Por lo que sabemos, además, dichas circunstancias no pudieron ser resueltas tecnológicamente, pues las compañías poseían maquinaria moderna y contaban con el auxilio de operarios experimentados procedentes de Gales.

La oferta cubana de cobre disminuyó de 35.000 a 22.000 Tn. promedio entre las décadas de 1840 y 1850 y a menos de 12.000 en la de 1860. La Guerra de los Diez Años, lo mismo que ocurrió en el caso de otras actividades en dificultades en la región Este de la isla, empeoró aún más los problemas y provocó el abandono de las explotaciones. En el quinquenio 1870-

1874 sólo se extrajeron 232 Tn. y la producción ya no se recuperó³¹. La primera insular inició después un nuevo período de expansión, pero gracias al beneficio del hierro y también del manganeso, igualmente en la zona oriental del territorio, y con capital procedente de los Estados Unidos a partir de los años ochenta, cuando éste comenzó a invertir en la industria azucarera y otros sectores³².

Durante la fase álgida de las explotaciones, la minería del cobre reportó unas utilidades del 35-40% según las propias compañías, similar a las que obtenían los ingenios; fue la principal abastecedora del mercado británico y generó una renta equivalente al 2,2% del ingreso insular. Fue una actividad menor, por tanto, debido sólo a su inserción dentro de una economía en fuerte expansión y comparada con la industria azucarera.

Acerea de otros sectores productivos disponemos de muy pocos datos. Apenas sabemos nada, por ejemplo, de las demás actividades extractivas, salvo que en la década de 1830 se exploró el territorio cubano en busca de yacimientos y se benefició plata, asfalto, carbón o sal, naturalmente sin los resultados obtenidos con el cobre.

Las manufacturas que experimentaron un desarrollo mayor fueron las vinculadas con el sector exterior, derivadas directamente de la agricultura e industria azucarera y tabacalera o estrechamente relacionadas con sus necesidades. Por ejemplo, la elaboración de puros y cigarrillos empezó a mediados de la década de 1830, gracias al incremento de su consumo internacional, y su oferta aumentó de modo constante, aunque con oscilaciones, sobre todo en el decenio de 1850, cuando se inició su mecanización. No obstante, J. Stubbs explica que casi al mismo tiempo se vio perjudicada, como ocurrió en el caso del dulce, por la progresiva reducción de los mercados europeos y la

³¹ Ver A. Calveche, *Historia y desarrollo de la minería en Cuba*, La Habana, 1944; L. D. Soto, *Apuntes sobre la historia de la minería cubana*, Santiago de Cuba, Univ. de Oriente, 1981, e I. Roldán, «La minería del cobre en Cuba durante el siglo XIX», en J. A. Uribe, *El cobre en la América Española*, Morelia, Univ. Michoacana San Nicolás de Hidalgo, 2001, así como el ensayo historiográfico de este último autor, J. A. Uribe, ed., «La historiografía minera en Cuba: carencias y perspectivas», en J. Opatrný, (coord.), *Cuba. Algunos problemas sobre su historia, monográfico de Iberoamericana Pragensis*, 7, 1985, pp. 97-116.

³² Además de las obras generales sobre la minería mencionadas en la nota anterior, acerca de los yacimientos de hierro ver L. Pérez, «Iron Mining and Socio-Demographic Change in Eastern Cuba, 1884-1940», *Journal of Latin American Studies*, 14, 1982, pp. 133-61, y E. L. Moyano y S. Fernández, «La minería en Cuba en las últimas décadas del siglo XIX», *Anuario de Estudios Americanos*, LV-1, 1998, pp. 221-242.

expansión, en cambio, del norteamericano, que demandaba el artículo sin procesar, como materia prima para sus fábricas³³.

J. Rivero Muñiz destaca también que la presencia de un movimiento obrero organizado, impidió una mayor tecnificación de la manufactura tabacalera cubana. Muchos productores se trasladaron entonces al Sur de los Estados Unidos, contribuyendo al crecimiento del sector en ese país. Por tanto, al mismo tiempo que aquella se consolidaba como fabricante de los mejores puros del mundo, se frustró la posibilidad de desarrollar una industria destinada a satisfacer el consumo masivo³⁴.

La otra industria derivada de la agricultura comercial cubana fue la producción de aguardiente, licores y ron. J. Le Riverend constata la existencia de más de 300 alambiques en la década de 1830 y señala también que su número se redujo luego hasta 240-275 en las de 1840 y 1850, más o menos los mismos censados en los años setenta. Sin embargo, el incremento de las exportaciones no se detuvo, lo que indica que el sector experimentó un proceso de concentración similar al de los ingenios azucareros³⁵.

La metalurgia y reparación de maquinaria, la ferretería y carpintería y la producción de materiales de construcción fueron las manufacturas que más se beneficiaron de la demanda del sector exportador, la urbanización y la apertura de ferrocarriles. J. Le Riverend refiere la existencia en el decenio de 1820 de más de 1.000 establecimientos dedicados a elaborar tejas, cal o yeso y de 16 fundiciones en Cuba. Como los alambiques, dichas actividades incrementaron su oferta en la segunda mitad del siglo XIX gracias a la tecnificación de la industria azucarera y la continuación del tendido de vías férreas, pero además experimentaron un proceso de concentración y mecanización. J. de la Pezuela (1863-1866), por ejemplo, censó 12 fundiciones en los años sesenta, pero eran mucho mayores que sus antecesoras. Una instalada en Bembá en 1849 llegó a tener 100 trabajadores³⁶. Para hacernos una idea de lo que eso significa basta decir que los ingenios ocupaban por término medio 150 obreros en 1860³⁷. Su caso ilustra,

³³ J. Stubbs, *El tabaco*, pp. 23-39.

³⁴ J. Rivero Muñiz, *Tabaco*. Ver también D. González, «La manufactura tabacalera cubana en la segunda mitad del siglo XIX», *Revista de Indias*, 194, 1992, pp. 292-326.

³⁵ J. Le Riverend, *Historia económica*, p. 224. Acerca de las exportaciones, en el caso del ron, M. Moreno Fraginals, *El ingenio*, vol. III, ofrece los siguientes datos. Como promedio anual en el quinquenio 1800-1804 se vendieron 1.500 litros; en el lustro 1830-1834, 28.900, y en los años 1870-1874, 46.900.

³⁶ J. Le Riverend, *Historia económica*, p. 225, y J. de la Pezuela, *Diccionario geográfico*.

³⁷ A. Santamaría y L. M. García Mora, «A propósito de la industria azucarera...», p. 81.

asimismo, el hecho de que las referidas fábricas no sólo se localizaron en las grandes ciudades, sino también en el campo, en las áreas de expansión cañera, aunque, eso sí, apenas se desarrollaron en la zona oriental debido a su vinculación con la agricultura comercial. Por esa razón sufrieron poco las consecuencias de la Guerra de los Diez Años.

Como señalamos en el caso de los cultivos de primera necesidad, hay que tener en cuenta también que en las plantaciones había instalaciones destinadas a fabricar y reparar maquinaria, piezas mecánicas, herramientas, materiales de construcción y envases. Según los datos de L. Marrero, tales actividades pudieran representar entre un 8 y un 15% del ingreso de los ingenios azucareros³⁸. El modo en que se expandió su producción al margen de los otros fueron adquiriendo una parte cada vez mayor de dichos artículos en el mercado gracias a su perfeccionamiento y abaratamiento.

En las principales ciudades de Cuba surgieron muchas industrias dedicadas a elaborar alimentos y bebidas (pan, pastas, dulces, chocolates, tasajo o gaseosas), textiles y calzado, instalaciones en muchos casos que combinaban la producción y venta. Por supuesto, se expandió el comercio al detalle y no sólo en dichas urbes, sino también en el medio rural y en las plantaciones a medida que iba avanzando la economía monetaria y la población cubría más sus necesidades acudiendo al mercado.

Otro tipo de actividades manufactureras que surgieron en Cuba fueron las elaboradoras de fósforos y jabones, papel, velas y otros artículos derivados de la cera —gracias al referido desarrollo de la apicultura—, las relojerías y platerías y los establecimientos de impresión y litografía, estos últimos vinculados también con el sector exportador; favorecidos, por ejemplo, por la expansión de la costumbre de vender el tabaco con marquinas y vitolas. Por lo general, tales industrias y las mencionadas en el párrafo anterior evolucionaron menos en su carácter artesanal y tradicional que las relacionadas con la construcción, la carpintería o la metalurgia.

En Cuba, otro sector que se desarrolló vinculado con las actividades relacionadas con la agricultura e industria de exportación, con la demanda de estas últimas y de las ciudades fue la pesca. Aparte de contar con un mercado interno en expansión, J. Le Riverend dice que la actividad creció también como cobertura del comercio ilegal de esclavos³⁹.

³⁸ L. Marrero, *Cuba, economía y sociedad*, vol. X, p. 215.

³⁹ J. Le Riverend, *Historia económica*, p. 210.

Aparte de las anteriores, hubo actividades manufactureras a las que perjudicó la especialización económica cubana; por ejemplo, las tenerías y otras industrias del cuero, a causa de la disminución de la importancia de la ganadería. J. Le Riverend dice que el número de éstas apenas varió en la región central de la Gran Antilla entre las décadas de 1820 y 1860 —en torno a cabaña animal, disminuyó de 50 a 33 en las mismas fechas sin que se comete un proceso de concentración como el que tuvo lugar en las fundiciones. Debido a su ubicación territorial, además, este sector sí se vio seriamente perjudicado por la Guerra de los Diez Años⁴⁰.

La silvicultura, la tala y corte, sobre todo de maderas preciosas para la exportación, también fueron perjudicadas, en este caso, por la esquilmación del bosque debido al desmonte que provocó la expansión de la agricultura comercial según avanzó el siglo XIX; actividades, además, que fueron florecientes por esa misma razón mientras hubo masa arbórea suficiente⁴¹.

Nuestros cálculos del producto, una vez sopesada la proporción generada por las referidas actividades secundarias y también terciarias indicaban, como señalamos en el segundo apartado de este artículo, que la renta de las actividades industriales, comerciales y de servicios reportó aproximadamente un tercio del producto cubano y que ese porcentaje no varió considerablemente a lo largo del tiempo. También ocurría con él lo mismo que con la agricultura menos vinculada con las exportaciones: su crecimiento estuvo muy determinado por el carácter complementario que dichas actividades tuvieron del sector externo, por lo que evolucionó prácticamente con las mismas tendencias que aquél, algo más moderadas en periodos de bonanza y menos afectadas en general por las recesiones, pero no de un modo suficiente para compensar entonces la reducción de la renta de las exportaciones.

EN CONCLUSIÓN

En modo alguno tenemos la intención de tratar de resumir con brevedad en unas pocas líneas finales las conclusiones de un trabajo tan breve como el presente. Lo que nos interesa resaltar de nuevo, pues ya lo hicimos en la introducción, y para acabar, es el interés que tiene el estudio de las actividades productivas menos vinculadas con el sector externo en Cuba, en sí mismo y para conocer mejor la historia de su especialización económica. En estas someras anotaciones, además de resaltar el carácter complementario de dichas actividades, hemos apuntado otras ideas muy interesantes, como su vinculación con los problemas de desarrollo regional diferencial que padeció la isla a lo largo del siglo XIX, lo que contribuye a un mejor conocimiento del mismo y sus causas, y a explicar acontecimientos como la Guerra de los Diez Años. Por ese y otros motivos parece imprescindible continuar avanzando en un tema de investigación que hasta hace unos años apenas había despertado el interés de los historiadores, tendencia que parece ha comenzado a cambiar para bien recientemente.

⁴⁰ J. Le Riverend, *Historia económica*, pp. 225 y 281.

⁴¹ M. Moreno Fragnals, *El ingenio*, vol. II, pp. 157-166, y R. Funes, «Los conflictos por el acceso a la madera. Hacendados vs. Marina (1774-1815)», en J. A. Piqueras, (ed.), *Diez nuevas miradas de la historia de Cuba*, Castellón de la Plana, Univ. Jaume I, 1998, pp. 67-90. R. Funes, además, ha leído recientemente una tesina acerca del tema y esperamos en los próximos años la publicación de su tesis doctoral que tiene ya muy avanzada.